

Las remesas que envían los salvadoreños de Estados Unidos

Segundo Montes

A lo largo del presente trabajo se han ido ofreciendo ya resultados y conclusiones, y de forma especial al final de cada uno de los capítulos. No se pretende ahora repetir lo dicho allí, sino más bien explicar de una forma global las características del fenómeno de la migración de salvadoreños a Estados Unidos, sus consecuencias sociales y económicas, y algunas consideraciones originadas del análisis del hecho, que puedan ser de importancia para el futuro del país.

1. Magnitud y generalización del fenómeno

Si se deja a un lado la discusión de las cifras, de los porcentajes y de las proporciones de familias salvadoreñas que tienen parientes en Estados Unidos, no hay duda de que se trata de grandes cantidades, tanto de familias como parientes allí, como de salvadoreños que han emigrado a dicho país.

Ya sea que se tomen las "cifras mínimas", aceptables para cualquier estudioso del fenómeno, ya sea que se le dé más credibilidad a la cuantificación elaborada en base a esta investigación y, sobre todo, a los resultados obtenidos por la encuesta de opinión del IUDOP, se está hablando de mínimos de más de medio millón de salvadoreños en Estados Unidos, y de por lo menos un 26.18 por ciento de las familias que tienen algún pariente allí; o de aproximadamente un millón, provenientes del 42 por ciento de las familias que viven en El Salvador.

Además, el fenómeno está generalizado en todo el país, y en

toda la gama de la estructura social salvadoreña. No hay departamento alguno que no tenga representación en el conjunto de salvadoreños que viven en Estados Unidos —unos con mayor peso y proporción que otros. Pero tampoco hay sector socio-económico que no tenga parientes emigrados a dicho país, también con sus diferencias, derivadas en gran parte por la disponibilidad o no de recursos para costear el viaje o para obtener créditos para lograr ese objetivo.

Se puede afirmar que no hay rincón del país, ni categoría social, en que no se dé el fenómeno en mayor o menor grado. Con ocasión de esta y de otra investigación anterior que realizamos en el presente año (Montes, 1989), hemos encontrado familias que tienen parientes en Estados Unidos y que reciben remesas de dinero que ellos les envían, tanto en lugares de repatriación de refugiados que han venido de Honduras —Chalatenango, Cabañas, Copapa-yo en Cuscatlán—, como en lugares de conflictividad permanente y persistencia del FMLN, aislados en gran parte y de múltiples formas del resto de la vida nacional; como también, incluso, en los campamentos de salvadoreños refugiados en Honduras.

2. Impacto económico de las remesas

El deterioro de las condiciones de vida de la mayoría de la población se puede apreciar desde distintos ángulos e indicadores que se han utilizado en la presente investigación. El alto grado de desempleo, incluso para muchos jefes de familia, la casi imposibilidad de obtener trabajo para la mayor parte de los demás miembros adultos del grupo familiar, la baja remuneración de la mayoría de los trabajos realizados, la carencia de medios propios de trabajo, se refleja en el bajo nivel de ingresos económicos familiares y, todavía más, en el ingreso per cápita de amplios sectores sociales.

Esa precaria situación económica les fuerza a buscar por todos los medios posibles escapar de la miseria y de la imposibilidad de subsistencia. Uno de los caminos encontrados por gran parte de las familias salvadoreñas es enviar a alguno de sus miembros a Estados Unidos para que remita en forma regular cantidades apreciables de dólares, con los que completar sus ingresos indispensables para sobrevivir. Para ello sacrifican parte de sus bienes, empeñan propiedades, o contraen deudas gravosas. El destino del valor

de las remesas por consiguiente, además de pagar las deudas contraídas, irá a satisfacer las necesidades básicas, entre las que ocupa un lugar importante la vivienda, y a mejorar algo las condiciones de vida del grupo familiar. Apenas alcanza, después de asegurar lo anterior, para invertir en algo productivo.

El resultado es un alivio en las condiciones de vida, un incremento considerable en los ingresos familiares y en el per cápita, que posibilita la mejoría de la vivienda, el equipamiento con muebles y aparatos eléctricos, una alimentación de mejor calidad, salud y educación de mayor nivel para los niños, y la posibilidad de ascenso social a través del "estilo de vida" y de la migración a zonas habitacionales de "más prestigio".

Por otro lado, si se prescinde del porcentaje de emigrados por razones políticas —difícil de cuantificar con garantía de confiabilidad—, y del hecho de que la crisis económica del país tiene un muy fuerte componente político, la realidad económicamente medible es que la migración a Estados Unidos de un miembro de la familia es la inversión más asequible y más rentable para los sectores populares. Difícilmente son sujetos de crédito si no poseen propiedades o bienes en garantía, para las instituciones financieras nacionales. Los mecanismos populares, en cambio, abren el acceso a ventas y "créditos" para ellos, con los que costear el viaje a Estados Unidos. De acuerdo al promedio de remesas mensuales, en un año tiene el capital invertido —suponiendo que sea la tarifa más alta de pago de viaje clandestino— un rendimiento superior al 80 por ciento.

El monto global de las remesas, la expansión del fenómeno en todo el territorio nacional y en todos los sectores socio-económicos, tiene el efecto de una distribución generalizada de este "refuerzo económico", con una profunda repercusión social en la mayoría de la población, convirtiéndolo inmediatamente en adquisición de bienes de consumo, subsanando en gran medida la crisis del país, y dinamizando en una buena proporción la economía formal y la informal salvadoreña. Esto explica, en parte, no sólo que no se haya producido el colapso económico pronunciado, ni la imposibilidad de subsistencia de las grandes mayorías —por más que sea a niveles ínfimos—, sino también cierta apariencia y realidad de prosperidad en la construcción, en los negocios y en otros aspectos de la economía que parecen contradecir las expectativas

de una crisis como la que sufre el país ya por largos años.

Por otro lado, para la economía general del país, la cantidad exorbitada del monto anual de las remesas significa la mayor inyección financiera, superior a la ayuda exterior, a los ingresos de las exportaciones, y a cualquier rubro "normal" de ingreso de divisas. Es, al mismo tiempo, un "gran negocio" para agencias tramitadoras, como se puede apreciar por la multiplicación de ese tipo de "empresas", por la expansión de las mismas, y por lo mucho que gastan en publicidad. Pero, al mismo tiempo, es el mecanismo más adecuado para una gigantesca "fuga de divisas", dado que gran parte de las remesas vienen en forma de mandatos de pago —cheques, *money-orders*, giros bancarios—, que son endosados por los beneficiarios, pagados en moneda local, y reexportados nuevamente a Estados Unidos o a otros países ricos —y en algunos casos inclusive, ni siquiera ingresan al país, sino que la agencia recibe la orden de abonar la cantidad en moneda nacional a una persona o familia específica.

La pérdida que supone para el sistema financiero nacional la no captación de esas divisas es demasiado alta como para no ser considerada. El gobierno actual, poco después de la toma de posesión, ha modificado las condiciones cambiarias, autorizando al sistema bancario nacional a comprar los dólares al valor cotizado en la calle, y ha implementado una intensa campaña publicitaria para atraer a los beneficiarios de dólares y para convencerlos de las ventajas de cambiarlos en los bancos nacionales y en las agencias similares. Con ello la actual administración pretende recaudar al menos una parte considerable del monto de las remesas, y disponer de una cantidad de divisas muy importante para el intercambio con otros países y para la dinamización de la economía salvadoreña.

3. Consecuencias en la integración de la familia

Uno de los aspectos que no se pudo dilucidar suficientemente en la investigación anterior fue la incidencia del fenómeno de migración a Estados Unidos en la integración-desintegración de la familia. En la presente se le dedicó especial énfasis a este aspecto del problema, y los resultados obtenidos son de gran interés para el presente y el futuro de la sociedad salvadoreña.

Una primera consecuencia de la migración a Estados Unidos es la modificación del papel que desempeña la mujer en el hogar

salvadoreño. Si ya antes era importante —y, en muchos casos, de jefatura de la familia—, con la migración se le ha confiado aún mayor responsabilidad, no sólo en los casos en que haya emigrado el esposo o compañero de vida, sino también en otros muchos, que inducen el que se responsabilice de nietos, sobrinos, hijos ajenos y otros parientes. Hay también algunos casos, por pocos que sean, en los que la mujer se ha visto aliviada de cargas y responsabilidades, y al mismo tiempo ha podido alcanzar niveles mejores de vida y de comodidad. El papel de los abuelos también se ha visto modificado en muchos casos, por tener que hacerse cargo de la crianza y educación de los nietos cuyos padres han emigrado.

Hay un porcentaje nada despreciable de parejas que han emigrado a Estados Unidos, ya sea ambos al mismo tiempo, ya sea que la otra persona ha seguido a la primera después. En estos casos la tendencia predominante es a reconstruir allí el grupo familiar, llevándose consigo los hijos, antes o después. En estos casos, la integración familiar se consolida, a pesar de las condiciones paupérrimas en que les toca vivir a la mayoría en Estados Unidos, y la dificultad de integración en aquella sociedad tan ajena y distinta de la salvadoreña.

Los que han emigrado sin dejar responsabilidades directas con un grupo familiar nuclear —menos de la mitad, para cualquiera de los sexos—, no presentan problemas especiales en cuanto a la integración familiar. Se separan del grupo familiar original, lo que ya es un desgarramiento —pero no peor que por otros motivos—, y pueden conformar un grupo familiar propio en el país huésped. Indudablemente las condiciones son diferentes, las opciones más reducidas, el medio socio-cultural menos favorable. Sin embargo, para los salvadoreños, predomina la migración hacia poblaciones en que hay un grupo grande de compatriotas, suelen habitar en zonas donde predominan de salvadoreños y/o latinos, tienen muchas relaciones laborales, sociales e incluso deportivas y culturales entre ellos, lo que viene a constituir un “ambiente” peculiar y más favorable o acogedor.

El problema de mayor preocupación sico-social es el de la desintegración del grupo familiar nuclear en muchos de los casos en que es uno de los miembros de la pareja el que emigra, dejando al otro y/o a los hijos —porcentaje que se eleva a casi la mitad de los emigrados. Ya en la misma separación hay una ruptura del

núcleo familiar, con fuertes y graves repercusiones en ambas partes, que no se solventan sólo por el hecho de que es la opción indispensable para poder sostener a su grupo familiar. Si la ausencia es por poco tiempo, los efectos son menores y más pasajeros. Pero en muchos casos la ausencia se prolonga más de lo previsto y pretendido, se contraen nuevos vínculos afectivos y obligaciones en Estados Unidos, y se van debilitando, si no rompiendo, los lazos familiares con el grupo original. Un indicador de lo anterior es el porcentaje —no por pequeño, despreciable ni menos preocupante— de los emigrados que en caso de volver no se reintegrarían al grupo familiar que tenían aquí antes de irse.

Visto el problema en su conjunto, la migración, por un lado, es consecuencia de la integración del grupo familiar en muchos casos —e incluso de reforzamiento de la misma—, por el hecho de que uno de los miembros busca por ese medio el atender responsablemente al resto del grupo, en medio de circunstancias muy difíciles y sacrificadas de trabajo, vivienda, ahorro y austeridad. Pero, por otro lado, el desarrollo del fenómeno lleva consigo también, para una proporción muy alta de los casos, hacia una desintegración creciente y profundizante del núcleo familiar, y a la integración de otros grupos familiares nuevos, forzados muchas veces por las circunstancias en que viven los emigrados. En la familia, por tanto, se manifiestan los efectos y las crisis derivados de la situación del país y de las condiciones tan difíciles para los pobres.

4. Nuevas actitudes hacia el destino de las remesas

Si hasta el presente la mayor parte del dinero que reciben las familias a través de las remesas de dólares de los parientes emigrados a Estados Unidos lo han destinado a sobrevivir y mejorar las condiciones de vida, ello no implica que no tengan interés en aplicarlo a algo más duradero, como fuente de trabajo y de ingresos estables, al menos para aquellas familias que han logrado ya unos mínimos más o menos satisfactorios. A pesar de que tanto la percepción directa, como los resultados de la investigación anterior indicaban que el dinero recibido por las remesas en la mayor parte de los casos lo necesitan para la subsistencia del grupo familiar, sin embargo, me arriesgué a formular una serie de preguntas que detectaran las actitudes y deseos de algo más estable y productivo aunque sospechaba que las respuestas serían muy negati-

vas. La sorpresa ha sido llamativa.

Casi el 60 por ciento del conjunto de la muestra prefiere destinar una parte de las remesas a invertir en algo generador de trabajo y de ingresos más seguros y permanentes. Aunque la proporción que destinarían a ello es minoritaria (38.8 por ciento), puesto que necesitan al menos el 54.5 por ciento para vivir —y no todos están en la posibilidad o en disposición de hacerlo—, la cifra es muy digna de consideración para cualquier planificación de la economía nacional. Indudablemente, la mayor parte de la “inversión” se prevé para medios de rápido rendimiento económico, como negocios y similares, es decir, la mayoría en el “sector informal”, tanto porque no disponen de capital suficiente para mayores ambiciones, como por la urgencia de obtener los ingresos indispensables para la subsistencia y la limitación de posibilidades reales para ellos. Sin embargo, aunque sea del “sector informal”, esa actividad viene a dinamizar el “sector formal”, por la demanda de bienes, productos y servicios.

Todavía más interesante es la disposición de más de las tres cuartas partes de los encuestados a tramitar las remesas por medio del sistema bancario, siempre que les paguen igual que en el “mercado negro” —y, supongo, a condición de que los trámites burocráticos no sean tan lentos y complicados que desestimulen su buena disposición. Más aún, más del 62 por ciento estarían dispuestos a ahorrar parte de las remesas en el sistema bancario si les facilitan los trámites y les pagan intereses como a cualquier otro ahorrante.

Un aspecto más es de sumo interés. Más de la mitad de los beneficiarios de remesas entraría dentro del sistema crediticio-financiero nacional, si el banco, en base a las remesas tramitadas por su medio, y con la garantía de los ahorros y compromiso de continuar el método, les otorgase créditos para la inversión. Por otro lado, el monto de tales créditos no parece ser inasequible para el sistema financiero nacional, y puede ser un canal muy seguro y eficiente de inversión y reactivación económica del país, con una extensa red de inversionistas en todo el territorio y en todos los sectores socio-económicos.

La diferenciación de estas actitudes por departamentos y sectores sociales posibilita el diseño de políticas concretas de crédito e inversión. Es preciso, antes de lanzar un plan nacional ambicioso,

ensayar algunos experimentos piloto, evaluar los resultados y corregir defectos o estimular actitudes. Se pueden diseñar políticas preferenciales, ya sea en cuanto al tipo de inversión, ya sea en cuanto a grupos y sectores sociales. Indudablemente, los criterios tienen que dar preferencia a los departamentos y a los sectores sociales más necesitados de apoyo y con menores posibilidades de iniciativa individual. Si se quiere dar preferencia a la inversión en la producción agraria, se puede seleccionar el departamento que tenga mayor urgencia, más disposición a ello, menos dificultades concretas por la conflictividad y menos posibilidades propias; por ejemplo, Cabañas, o Cuscatlán. Si producción artesanal, se deberán también establecer similares criterios, o experimentar primero con alguna comunidad de ese tipo en el área metropolitana de San Salvador.

En base a los resultados de los experimentos, con las evaluaciones técnicas adecuadas, y de acuerdo a las posibilidades concretas del sistema, se puede y debe luego dar un salto hacia una política nacional de fomento y apoyo a un plan nacional de incentivación, optimización de las remesas y de reactivación de la economía nacional por este medio. Las posibilidades son ilimitadas, como lo han demostrado, no las teorías, sino la experiencia real —aunque “peculiar”— de los salvadoreños refugiados en los campamentos de Honduras, y en especial en Colomoncagua. La dinamización, diferenciación y complejización de la economía que han alcanzado, la optimización de los recursos y ayudas externas para la capacitación humana y de la mano de obra en función de la comunidad y de la producción, son experiencias que no se deben dejar pasar, sino que obligan a ser analizadas para aprovechar los valores más duraderos y generalizables.

5. La población salvadoreña

La presente investigación en ningún momento se había propuesto acercarse a la cuantificación de la población salvadoreña. Sin embargo, la exigencia misma de la precisión de los datos motivó que entráramos a investigar este aspecto, para tener una aproximación mayor a la realidad básica y objetiva de donde poder estimar otros datos obtenidos, como la cantidad de salvadoreños emigrados a Estados Unidos y el monto total de remesas que envían a El Salvador —tanto más cuanto que los datos “oficiales”

nacionales e internacionales difieren entre uno y otros más de lo "tolerable" científicamente.

Lo que podía haber sido nada más un dato auxiliar, y un instrumento secundario, de hecho se convirtió en una investigación amplia y compleja, de vasta cobertura en el área metropolitana de San Salvador. En la presente investigación se han tomado nada más los datos relativos a la cantidad de personas por familia, y al tipo de consumo de electricidad. La investigación que hicimos contiene además otros aspectos muy importantes de los condicionantes sociales de esa población, y su estudio y análisis se realizarán de inmediato, para aportar un elemento más en la comprensión de las condiciones y características sociales de la población metropolitana.

El "gran área metropolitana" de San Salvador venía creciendo incesantemente, al igual que otras "capitales" latinoamericanas, por la migración constante de personas y familias de "interior del país, en busca de trabajo y de mejores condiciones de vida. Sin embargo, la guerra, la represión, la crisis generalizada, han acelerado e intensificado el fenómeno, hasta convertirla en una verdadera "megápolis", con todas las características de la desigualdad, el desempleo, el incremento del "sector informal", la marginalidad y los hacinamientos de población en espacios reducidos sin servicios básicos. Se puede estimar que al menos 334,166 familias viven en las "zonas urbanas" o "urbanizadas" del gran área metropolitana de San Salvador. De esa cifra se puede fácilmente deducir, dada su proporcionalidad en el acceso a las urnas en las pasadas elecciones, que en todo el territorio nacional están viviendo al momento presente 1,229,625 familias de salvadoreños, con un total de población, cuando menos, de 6,271, 087 personas.

Si la cifra anterior sobrepasa algunas estimaciones "oficiales", la rigurosidad del método adoptado para calcularla, la confiabilidad de los datos de CAESS, y el amplio y minucioso trabajo de campo, la avalan, con mayor garantía de aproximación y confiabilidad que los datos oficiales. Al mismo tiempo, esa cifra parece estar más acorde con los datos estimados para 1980, y con las previsiones para finales del siglo y milenio, si las tendencias se hubieren mantenido. Ahora bien, si fuera del país hay más de millón y cuarto de salvadoreños —aproximadamente un millón en Estados Unidos, cerca de un cuarto de millón desde México hasta Panamá,

varios miles en Canadá, Europa y Australia—, la población total de salvadoreños esparcidos por cualquier lugar del planeta posiblemente supera los siete millones y medio de personas —cifra bastante concordante con la que se esperaría para finales de la década de los 80.

6. Sugerencia a propósito del pago de la “deuda externa”

El fenómeno de la migración masiva de salvadoreños a Estados Unidos, el conocer las características peculiares de dicha población —entre ellos la capacitación comparativamente superior del promedio, sobre el resto de salvadoreños residentes en su patria—, me ha hecho reflexionar sobre algunos aspectos que tienen que ver con el problema de la deuda externa y su pago. Creo que un análisis equivalente en otros países puede ser también de interés.

El problema de la deuda externa, y de su pago, se ha planteado de diferentes maneras y puntos de vista. Se han considerado las circunstancias tanto de los préstamos como de los intereses y del pago, el deterioro de los términos de cambio internacional, la reducción del mercado mundial, la improductividad de muchas inversiones realizadas con dichos préstamos, en fin, la imposibilidad real de pagarla y la necesidad de reestructurarla. También se ha considerado lo que significan las “fugas de capitales” de personas e instituciones de los países deudores, hacia los países acreedores y hacia los países ricos en general; capitales que están produciendo allí e incrementando la riqueza de dichos países, mientras en los de origen no sólo no ayudan al incremento de la producción y de la riqueza, sino que además son una especie de “pago de deuda” y de “subsidio” al desarrollo de los países ricos, y un drenaje en la capacidad de pago.

Creo que sería interesante, además de lo anterior, enfocar el problema desde otro ángulo y perspectiva, que no conozco se haya hecho hasta el presente. Será tarea de economistas el cuantificar debidamente los montos reales de ese “pago” y ese “subsidio” de los países deudores hacia los países ricos y acreedores, por medio de la migración de mano de obra cualificada, o “fuga de cerebros”. Desde unos datos objetivos y concretos se podría fortalecer la lucha de los países pobres por unos términos de intercambio más equitativos.

Hacia Estados Unidos en primer lugar, pero también hacia Eu-

ropa, Canadá, Australia —y más hacia estos últimos dos países, que tienen políticas de inmigración familiar y cualificada, preferentemente “profesional o técnica” —han emigrado muchos miles de salvadoreños —en sus debidas proporciones, de otros países. Un profesional, un técnico, un obrero especializado, un maestro, o cualquier otro migrante cualificado —incluso bachiller—, le ha costado al país y a la sociedad de origen una fuerte cantidad de dinero, recursos, profesores, medio de estudio y formación, locales, bibliotecas, etc., etc. El país de origen no se va a beneficiar del producto de esa fuerte inversión de capital y recursos materiales y humanos. El país receptor, en cambio, se va a beneficiar de un capital que no invirtió, va a poner a producir a una mano de obra cualificada, en cuya preparación no gastó ni invirtió absolutamente nada. Es más. Un trabajador de éstos va a estar produciendo en el país de residencia un producto material y social que tiene un valor —y que se queda en el país receptor, no en el de origen—, incrementando la riqueza material y social de dicho país receptor; pero también ese trabajador —y su familia, si la ha llevado consigo, o la forma— van a ser consumidores de bienes y servicios en el país receptor, incrementando la circulación de bienes y servicios, la economía de esa sociedad.

Supongamos que El Salvador haya invertido, en promedio —que deberá ser calculado con rigor, y diferenciando los niveles de capacitación de los diversos “tipos” de emigrantes— 10,000 dólares. Esa cantidad es una inversión perdida e irreversible para el país. No interesa si ha sido el Estado, la comunidad, la familia o el interesado, quienes han cubierto los costos, todos o una parte de ellos; es el conjunto de la sociedad salvadoreña la que ha invertido esa cantidad. Esos salvadoreños emigrados, por ejemplo, a Estados Unidos, producen una cantidad de valor y riqueza determinada en dicho país —indudablemente, en su mayoría, menos de la que podrían producir, por no ocupar normal y mayoritariamente los puestos de trabajo adecuados a su capacitación, por múltiples razones—, que no es la que se les paga por su salario, sino superior a la misma; supongamos que, en promedio, producen 2,000 dólares mensuales, en un año, 24,000 dólares —de los que les podrían pagar la mitad en salarios. También consumen bienes y servicios en el país receptor, en proporción a los ingresos económicos que tengan allí. Supongamos que en promedio tienen sueldos de 1,000 dólares mensuales, de los que envían a sus familiares en El Salva-

dor, y ahorran para cualquier emergencia 200 dólares mensuales; quiere decir que en pago de habitación, en transportes, en comidas, medicinas, diversiones y descanso, educación de los hijos, si los tienen, y en otra serie de gastos, inyectan a la economía del país receptor 800 dólares al mes, lo que significa 9,600 dólares al año.

La suma de los tres elementos —10,000 dólares por persona de inversión no realizada, más 12,000 dólares al año por producción de riqueza no pagada, más 9,600 dólares al año en consumo de bienes y servicios— supone un monto en sí mismo muy importante de capital y valor, que multiplicado por los emigrados significan cifras casi astronómicas: diez mil millones de dólares en la capacitación de la mano de obra del millón de emigrados a Estados Unidos, veintiún mil millones de dólares entre la riqueza producida y no pagada a los trabajadores salvadoreños sumada al consumo que ellos hacen allí de bienes y servicios dinamizando la economía de dicho país —será menor, en la medida en que algunos no trabajan, pero todos consumen. Estas cantidades tan gigantescas no revierten de ninguna forma al país de origen, en este caso El Salvador, ni producen riqueza para su sociedad, sino que es un “subsidio” que El Salvador está pagando a Estados Unidos para su desarrollo —el único beneficio es el reportado por el envío de remesas, pero incluso ése se convierte en un manantial de “fuga de divisas” que vuelve a “subsidiar” la economía y las finanzas norteamericanas, puesto que es un capital monetario que se deposita en su sistema bancario. Es preciso hacer un cálculo más exacto de estas cifras y valores, para entender mejor el fenómeno, y entender su sentido de “pago real de la deuda externa”.

Se podrá argüir que tanto el “capital humano” emigrado sin costo de capacitación, como la producción de riqueza y el incremento en el consumo de parte de los inmigrantes, no benefician directamente ni a la banca norteamericana ni al estado como tal. El asunto no hay que plantearlo ahí ni en esos términos. La sociedad norteamericana en su conjunto, y su economía nacional y social, son las que se benefician por el fenómeno, y en cantidades increíbles. No se trata, por tanto, de que los bancos “perdonen” la deuda que ha sido cancelada con creces. Se trata de que la sociedad norteamericana —para este caso, o las correspondientes para otras migraciones— se está beneficiando de un valor económico y humano real, y tiene que pagar por él. El estado norteamericano, para el caso,

será el canal de devolución de ese valor a la sociedad de la que proviene, recaudando de sus ciudadanos los impuestos correspondientes a este "bien" y a este "servicio", y distribuyendo equitativamente la riqueza originada por recursos ajenos que no le han costado capital de inversión, y que están generando riqueza que se quedaría exclusivamente en ese país, así como los beneficios originados por el consumo y la circulación de bienes y servicios de esos emigrados.

Con ello quiero, al menos, lanzar un reto a la investigación, al cálculo, al análisis del fenómeno en esa dimensión, y a las repercusiones que tiene tanto para la economía del país de origen como para la del país huésped, para encontrar camino de mayor justicia y equidad en las relaciones de intercambio entre países pobres y países ricos, que lleven a soluciones más humanas de la economía internacional.

La presente investigación, por tanto, ha mostrado nuevos e importantes aspectos del fenómeno de los salvadoreños emigrados a Estados Unidos. El hecho es muy complejo, tanto en sus orígenes y motivaciones, como en sus consecuencias y derivaciones, para ellos, para sus familias, para El Salvador y para Estados Unidos. La riqueza inmensa de datos obtenidos en la investigación de campo no ha podido ser aprovechada en toda su extensión, contenido y profundidad, y hago una invitación a otros científicos sociales a que aprovechen dicho recurso para avanzar más en el conocimiento y análisis del problema.